**Independencia de Brasil**

**Dolores Freixa**: Maestria en Historia, escritora y profesora titulada en la Universidad de la Amistad de los Pueblos Patrice Lumumba, Moscú. Actualmente es investigadora del Patrimonio Cultural con varios libros publicados. Uno de ellos gano el premio Jabuti, uno de los más importantes de Brasil.

Conmemorando los 200 años de la Independencia de Brasil, creo que todavía tenemos una historia mal contada y llena de páginas en blanco, narrativas que gran parte de la población brasileña no conoce.

La historiografía de las últimas décadas sobre el tema de la independencia se ha centrado en la investigación mediante nuevos puntos de vista y los resultados alcanzados son de gran productividad, ya que muchos hechos, ideas y personajes que desconocíamos han sido recientemente documentados por historiadores en trabajos académicos. También hay una nueva mirada sobre la valoración de la memoria oral, transmitida de generación en generación, que estudia las identidades olvidadas por la historia oficial, rescatando la participación de las masas populares en las luchas por la independencia. Creo que es hora de pensar qué vamos a celebrar y qué eventos históricos queremos compartir.

Analizando el contexto histórico del siglo XIX, la independencia de Brasil y de América Latina, constatamos que todo ello es parte del gigantesco vendaval desencadenado por la Revolución Industrial, la Independencia de las Trece colonias inglesas y la Revolución Francesa.

La ruptura del pacto colonial en la América portuguesa y en las posesiones españolas presenta idénticas razones y consecuencias. Sin embargo, hay grandes diferencias que surgen sobre todo de las respuestas que dieron las coronas portuguesa y española a la agresión de Napoleón Bonaparte. En 1806, Napoleón decretó el bloqueo continental a Gran Bretaña impuesto a todos los puertos de las naciones europeas. Determinó que Portugal tendría que declarar hasta el 1 de septiembre de 1806 la guerra a Inglaterra. La corona portuguesa no adhirió al bloqueo, pues dependía del predominio británico a través de varios tratados desde 1710 que le otorgaban un intercambio de comercio bilateral sobre la base de dependencia económica.

Con la orden decretada de invasión del territorio portugués por las tropas napoleónicas el príncipe D. João VI de la dinastía de Bragança y su familia decidió trasladarse a Brasil el 29 de noviembre de 1807, pocas horas antes de que las tropas de Napoleón llegaran a Lisboa. Más de 10 mil personas embarcaron en la flota real portuguesa escoltada y financiada por barcos ingleses rumbo a la costa de Brasil. Por supuesto, esta protección no fue gratuita. Los británicos exigieron a Don João VI que los puertos brasileños se abrieran con el Tratado de Comercio y Navegación, pero con privilegios de los ingleses con una tarifa privilegiada muy inferior a la que pagaban otros países. Con este tratado también se comprometió a extinguir la trata de esclavos, que se consumó mucho más tarde y continuo ilegalmente hasta 1888 con la abolición de la esclavitud. El sistema esclavista mantenía una élite de traficantes luso-brasileña que dominaba la trata transatlántica de esclavos con una gran concentración de riqueza y poder en regiones que producían materias primas exportables como azúcar, tabaco, algodón y café. Es un hecho que las ganancias de los terratenientes que producían monocultivos eran menores que los lucros sustanciales de los traficantes. Esta fue la razón por la que casi todos los tratados con Inglaterra para detener el tráfico fracasaron.

Las historiadoras que escribieron el libro *Brasil una biografía*, Lilia Schwarcz e Heloisa Starling, dan la dimensión real del traslado a Brasil de la monarquía portuguesa afirmando que no fueron solo los individuos aislados los que huyeron a toda prisa, sino la sede del Estado portugués que cambió de domicilio, con su aparato administrativo y burocrático, su tesoro, sus departamentos, secretarías, juzgados, biblioteca real, archivos y empleados.

La llegada de la familia real a Brasil facilitó el desarrollo de ramas de actividades que hasta entonces estaban prohibidas como la apertura de fábricas y aparición de la prensa, que permitió una mayor circulación de ideas y debates. También cambiaron las costumbres de la capital Río de Janeiro, que comenzó a expandirse. Se construyeron fuentes para el suministro de agua y un jardín forestal; se abrieron calles con edificios neoclásicos y teatros, pero la ciudad presentaba un escenario triste e injusto. Los esclavizados deambulaban descalzos por las calles trabajando en la mayoría de los oficios urbanos.

No se puede negar que desde el establecimiento de la corte portuguesa en Río de Janeiro se aceleró la centralización político-administrativa y a medida que crecía la máquina, aumentaban los impuestos, resultando todo ello en un gran descontentamiento popular que llevó de forma irreversible hacia la ruptura con la metrópoli.

Los proyectos de autonomía se hicieron realidad y el *O Grito de Independencia* convocado por el hijo de D. João VI, el Príncipe D. Pedro I a orillas del arroyo Ipiranga en São Paulo el 7 de septiembre de 1822, se convirtió en la fecha oficial que conmemora nuestra separación de Portugal. Sin embargo, ocurre algo sin precedentes: la emancipación no colocó a un presidente sino a un monarca portugués.

Pero la situación real no se parece en nada al evento idealizado en el imaginario oficial, como un acto heroico del imperador. Hasta la consolidación de la independencia en las provincias de Brasil, D Pedro I tuvo que afrontar sangrientas batallas entre tropas brasileñas y portuguesas y también movimientos rebeldes que lucharon por la separación y el surgimiento de repúblicas independientes. Este panorama contradice claramente la idea, sostenida durante mucho tiempo en la memoria nacional, de que la separación entre Brasil y Portugal se produjo de manera “armoniosa”.

Tras la proclamación de la independencia, el debate político se generalizó. La opción elegida fue una monarquía constitucional con la creación de la primera Constitución brasileña en 1823. Pero el 25 de noviembre de 1824, cediendo a los llamamientos de sectores conservadores, D. Pedro disolvió la Asamblea e impuso una nueva constitución al país, garantizando un alto grado de centralización y un rasgo absolutista con derecho a sancionar todos los decretos y resoluciones.

Las repercusiones de la intervención en la Constitución por D. Pedro I fueron negativas. Estallaron numerosas revueltas en todo el país. La más importante de ellas fue la Confederación del Ecuador, que tuvo lugar en la provincia de Pernambuco el 2 de julio de 1824. Fue un movimiento federativo y republicano encabezado por Frei Caneca, un activista político religioso. La Confederación contaba con la participación de elementos urbanos y de las clases populares. Las tropas gubernamentales invadieron Recife, la capital provincial, con extrema violencia mientras los rebeldes fueron asesinados. Su principal líder, Frei Caneca, fue detenido y fusilado el 13 de enero de 1824 en una plaza pública del fuerte Cinco Pontas.

La independencia se consolido con el tratado de Paz y Alianza el 29 de agosto de 1825 con el reconocimiento de Portugal y las demás naciones. Según este tratado, el gobierno brasileño tendría que pagar una indemnización de dos millones de libras esterlinas para que Portugal aceptara la ruptura colonial. Brasil tuvo que pedir prestado más de tres millones de libras esterlinas a los bancos británicos a tipos de interés muy elevados. En otras palabras, el precio de la independencia empezó con una deuda interminable.

Con relación a la esclavitud, en el período de la proclamación de la independencia había una contradicción. Por un lado, una monarquía que pretendía ser “civilizada” y por otro la vigencia oficial de la esclavitud arraigada en todo el territorio e institucionalizada de forma jurídica y moral, que terminó con la firma de la Ley Aurea en 1888.

El sociólogo Florestan Fernandes, en su libro clásico *La integración de los negros en la sociedad de clases*, fue al meollo del problema al explicar cómo el Estado resolvió socialmente la cuestión de los esclavos liberados:

“La desintegración del régimen esclavista se produjo en Brasil sin ninguna asistencia y garantía que protegiera a los esclavos en la transición al sistema de trabajo libre. Los señores quedaron relevados de la responsabilidad del mantenimiento y seguridad de los libertos, sin que el Estado, la Iglesia o cualquier otra institución asumiera responsabilidad alguna”.

Hoy las consecuencias se manifiestan en el paisaje de las periferias urbanas abandonadas e insalubres, donde la mayoría de la población es negra, en la brutalidad del Estado contra los jóvenes negros asesinados y en el racismo velado o abierto de nuestra sociedad.

Con el surgimiento de movimientos negros unificados y la creación de la Secretaría de Políticas para la Promoción de la Igualdad Racial, además del movimiento feminista negro, y otros en pleno auge, los brasileños empiezan a concienciarse de que esto es un problema en la agenda nacional.

A partir del 2011 celebramos otra fecha de abolición: el 20 de noviembre, Día Nacional de la Conciencia Negra. La fecha recuerda la muerte de Zumbi en 1695, el líder negro del Quilombo de Palmares, que simboliza la lucha y resistencia de los negros esclavizados en Brasil, así como la lucha por los derechos que reclaman los afrobrasileños y especialmente el deseo de poner fin al apagón que los negros y la historia y cultura de los africanos sufrieron en Brasil. Se crearon políticas de cuotas afirmativas en las universidades públicas y en el servicio público federal. Pero todos estos logros han sido desmantelados en los últimos años, lo que demuestra como el tema racial es un problema no resuelto en Brasil.

La fecha del 7 de septiembre, conmemorada simbólicamente, representa un largo proceso de ruptura con una serie de tensiones y arreglos que desembocaron en una monarquía implantada en el centro de una América, rodeada de repúblicas. Fue un golpe de las élites apoyado por el emperador portugués que, no solo **evitó** el desmembramiento del Estado, sino, sobre todo, **garantizó** **la pervivencia del** sistema esclavista, evitando así cambios estructurales.

1 - ARHWARTCZ, Lilia; HELOISA Starling. *Brasil uma Biografia*. São Paulo: Companhia das Letras, 2015.

2 - COSTA, Alberto de (org.). *Crise Colonial e Independência 1808-1830.* Rio de Janeiro: Editora Objetiva, 2011.

3 - FERNANDES, Florestan. *A integração do negro na sociedade de classes*. 3.ed. São Paulo: ed. Ática, 1978, v. 1. Pag. 30